



GUILLERMO PRIETO.



GUILLERMO PRIETO

¿Así cansado que quien escucha un discurso de D. José María Mata, y con más honda sensación que la que le produjo á Boissy d'Anglas ver á José Rafael Alvarez cruzar en pantuflas verdes el salon de sesiones del Cuerpo Legislativo, no tomaria hoy la pluma para pintar otro Cero en una cuartilla de papel, si no hubiera tenido dichoso encuentro con una persona digna de ser tratada con mayor miramiento que el que usa para con su piocha color de llamas el diputado Ramon Cadena, ó para con sus quevedos de oro y cristal de roca el senador Genaro Raigosa.

Angelico de Fiessola (cuentan las crónicas) se ponía de rodillas para pintar sus Madonas; yo, para escribir este artículo, debo tener el sombrero en la mano izquierda, á no ser que prefiera dictarlo, en cuyo caso no hay

inconveniente para tenerle en la diestra, y esto porque voy á ocuparme del veterano de nuestra literatura, del más inspirado de nuestros poetas líricos.

Pero es el caso que como escribo dentro de mi casa, y ni sopla el viento, ni me molesta el sol, mi sombrero está léjos y no necesito tenerle ni en una ni en otra mano, y además, como he venido al mundo en el siglo de todas las herejías, religiosas, políticas, científicas, sociales, etc., etc., etc., inspirado por el maldito espíritu del siglo, pierdo el respeto que debo á mi hombre y arremeto con él, no sin exclamar como el senador aquel de « La Cabaña del tío Tom: » ¡Otra ilegalidad! ¡Otra murmuracion!

A ejemplo de los buenos historiadores, hago primero la descripción del terreno y luego paso á la narracion y á los comentarios.

Mi personaje cubre su cabeza con negro y polvoroso sombrero de anchísimas faldas; sus vivos pero pequeños ojos, se cierran y abren diez veces en cada palabra; sobre su nariz, que debió de ser aguileña, vacilan unos anteojos de varillas de oro; su bigote gris se junta con la piocha, ocultando unos labios sutiles que á su vez encubren una dentadura que ha sufrido « avería. »

Su levita, holgada y de buen paño, ostenta en la corteza de polvo que la cubre, las huellas de las últimas gotas de lluvia que le cayeron encima á principios del mes pasado, como esos ejemplares que guardan cuidadosamente los geólogos, de formaciones que conservan las

impresiones de la lluvia; su corbata se mueve á voluntad, por sí sola; en el cuello y en la pechera de su camisa suelen aparecer dos enormes brillantes que recuerdan los esplendores de Sirio ó de Arturus en las noches de Enero.

Por estos pequeños rasgos se ve que nuestro hombre no es precisamente lo que nosotros llamariamos un buen mozo, y los españoles en Madrid un mozo muy guapo. Claro; hay todo un abismo, y abismo insondable entre él y Abdallah, hijo de Abdul-Motalleb y padre del profeta Mahoma, de quien se refiere que era un hombre tan bello, que la noche de su matrimonio con la hermosa Amina, doscientas doncellas murieron de celos y desesperacion.

Me sospecho (aunque sin fundamento) que Guillermo Prieto, que es de quien me ocupo, no ha tenido la desgracia de que murieran por él doscientas doncellas, y aun quizá quizá, ni una de las viudas que pensionadas por la Nacion, sufrieron (sin paciencia) largos ayunos y abstinencias en los períodos en que él dirigió el Ministerio de Hacienda. Pero como no presento á Guillermo de candidato para modelo en la Academia de San Carlos, ni de tipo para los elegantes de México, dejemos sus prendas materiales, que harta materia han dado ya ellas á los periódicos de caricaturas.

Prieto es el poeta más grande de cuantos han nacido bajo el cielo de México, y su vida entera está ligada á los sucesos memorables de la patria.

Todo periódico ilustrado y sensato de los publicados en este país, en el espacio de treinta años, ha engalanado sus columnas con los cantos de Prieto; las luchas civiles le han dado argumentos para canciones, que entre nosotros serán, como las de Beranger para los franceses, la sublime expresion de los sentimientos del pueblo.

¿Quereis recordar nuestro retroceso de la libertad á la opresion y á la dictadura? Haced que os toquen los *cangrejos*.

¿Quereis grabar en vuestra memoria las atrocidades de Santa-Anna? Leed los «*Viajes de órden suprema*» y fijaos en los romances de aquellas páginas.

¿Quereis saber cómo se distinguian aquí los partidos reaccionario y liberal, llamados *mocho* el primero, y *puro* el segundo? Pedid que os canten *los moños verdes*.

¿Necesitais ver expresados en hermoso y galano idioma los sufrimientos, las amarguras, las esperanzas de los peregrinos de Paso del Norte en tiempo de la Intervencion? Leed los romances «*Recuerdos de la Frontera*.»

Y para ver al pueblo de este país en toda su audacia, su arrojo y su gracejo, abrid ese libro intitulado: «*La Musa Callejera*.»

Prieto firma con su nombre sus cantos sublimes, y con el conocidísimo pseudónimo de «*Fidel*» sus versos populares.

«Para conocer las costumbres del pueblo y poder re-

tratarlas en romance,—decia una vez en el Liceo Hidalgo Ignacio Ramirez,—se necesita ser Guillermo Prieto; y quien no tenga la misma facilidad que él tiene, que renuncie á ser poeta con el mismo dolor con que Guillermo renunció la cartera.»

En efecto, asombra, cautiva, fascina la musa de Prieto; álguien quiso imitarle y el público le castigó esa profanacion apénas lanzó audaz su primera parodia.

Prieto, que llora y palpita, y jadea y tiembla y se estremece en la tribuna, y que en nombre de sus canas y de sus desengaños, de sus tempestades y de sus dolores, pide enérgicamente en la Cámara que se reforme cualquier dictámen presentado por la Comision de Policia, es el primero, el más grande, el más inspirado, el más *mexicano* de nuestros poetas cuando canta las glorias ó las heridas de la patria.

Un dia, el 8 de Setiembre de 1872, habló en el bosque de Chapultepec, pintando el heroismo de los que en tan hermoso sitio pelearon contra los invasores en 1847, y parecia cuando hablaba que los ahuehetes recobraban su sávia primaveral al recoger aquellos ecos, que pueden llamarse de la gloria y de la libertad.

¿Y su oda á Zaragoza? ¿Y su canto á Juarez?

¡Ah! cuán grande es ese viejo risueño y cariñoso que apénas es comprendido y estimado por esos literatos de última hornada que se han extendido como una sombra sobre el periodismo, sobre la tribuna y sobre el Parnaso.

Prieto, el último veterano de la guardia vieja de la literatura patria; el compañero de Lacunza, de Ramirez, de Calderon, de Rodriguez Galvan y de Zarco, debe sentirse huérfano y extranjero en el mundo literario que hoy le rodea.

Los nuevos poetas á quienes más ha estimulado le han vuelto la espalda y le acusan ¡espantaos! de retrógrado.

¡Cómo! me diréis, ¿por qué?

¡Ah! Prieto es defensor ciego de la Constitucion de 57, de esa ley suprema, base y fundamento de nuestro modo de sér político.

Y para el grupo *nuevo*, para los que se han educado á plena luz con Mill, ó con Baine, la Constitucion es una *cosa vieja é impracticable, es una serie de falacias* que no caben dentro del límite lógico en que deben encerrarse las verdades científicas.

Prieto para ellos es un palabrero, un *fantasista*, quizá un enajenado; para mí, es un gran poeta, un leal patriota, un liberal que ha difundido las ideas regeneradoras, lo mismo en el artículo extenso que en el discurso breve, lo mismo en el canto épico destinado á conmemorar grandes hechos, que en el romance ligero y picaresco, dedicado á describir un fandango ó á ensalzar los amores de la *china*.

Prieto, progresista ó retrógrado, será siempre el orgullo de nuestra poesía, gala de las letras mexicanas, in-

térprete fiel de la manera de ser y de pensar del pueblo.

De Guillermo Prieto, como orador puede decirse lo que dijo de Quevedo el gran Quintana: «es extremado.»

Cuando Prieto habla en una de esas discusiones en que no se agita cuestion grave sino que se trata sólo de la dispensa de derechos fiscales á las farolas que van á colocarse en la plaza de una pequeña poblacion, de la manera con que debe interpretarse un artículo del reglamento interior de la Cámara, ó de la pension que solicita la viuda de un retirado que murió á consecuencia (remota) de sus campañas, entónces procurad no oírle porque perderíais la ilusion por el tribuno.

Entónces su discurso lento y monótono se arrastra pesadamente por la tierra procurando en vano levantar el vuelo á regiones más elevadas: entónces Prieto vacila, balbute, se detiene, repite las palabras, las ideas, las frases enteras, parece como que sólo habla su boca y su espíritu está en otra parte; él mismo, se retira descontento de la tribuna, y de seguro nadie se acerca á felicitarle.

Pero, esperad: Llega un momento supremo; un grande interes de la patria ó de la humanidad, le hacen tomar la palabra, y entónces la inspiracion con su soplo de fuego enciende el cerebro del viejo cantor de la libertad; y su palabra, brota fácil, ardiente, conmovedora, sublime; el silencio más profundo en las tribunas y en los bancos de los representantes prueba que todos escu-

chan con una profunda atencion, y vibra su acento levantando un eco de ternura ó de entusiasmo en todos los corazones. Entónces no es el Guillermo Prieto de las letrillas y de los romances, el amigo chancista y decidor, á quien todos hablamos de «tú»; no es Fidel el de los artículos de costumbres, es un hombre superior que se levanta sobre todos nosotros, es un espíritu iluminado que se cierne más allá del mezquino relieve de las cosas vulgares.

Quizá no hallaréis en sus oraciones, ó más bien dicho en sus arranques épicos, las aplicaciones de las reglas que los grandes maestros de la palabra han señalado para la correccion de un discurso; quizá leyendo una de esas peroraciones os parezca su lenguaje desaliñado; pero no leais á Prieto, oidle. ¿Quién trasladará jamas al papel el salvaje rugir de la catarata? ¿Quién exige del bramido de los huracanes, del pavoroso retumbar de la tempestad, ó del gemido de las auras entre las juncias, las clásicas armonías de Haydn, de Beethouen, de Mozart, de Haendel ó de Wagner?

Hermosos y conmovedores son esos inmensos ruidos de la naturaleza, aunque no haya diapason capaz de encerrarlos y de sujetarlos á las leyes de la armonía.

Como poeta Guillermo Prieto ha cultivado con especialidad la oda y el romance: la una le ha valido la celebridad como gran poeta; el otro el renombre de poeta popular.

A ninguno puede aplicarse en México con más acierto que á Guillermo, lo que D. Antonio Ferrer del Rio dice de D. Manuel José Quintana: «¿Quién ha podido negarle jamas el renombre de gran poeta? La musa del patriotismo le ha inspirado sus más altas concepciones, «y los ecos majestuosos de sus cantos enardecieron el corazón de los hijos de España en la época por siempre memorable en que el opresor de Europa fué por ellos vencido y humillado.»

Guillermo ha sido el único que se ha dedicado á pintar las costumbres de nuestras gentes y las tradiciones de nuestra historia en esas composiciones verdaderamente populares que se llaman «romances.»

El «romance» es el patrimonio de los pueblos que hablan la lengua castellana; en los romances se puede estudiar no sólo la historia del idioma desde que separándose del latin comenzó á tener vida propia como lengua rústica, susceptible de progreso y perfeccionamiento, sino tambien la historia del pueblo español, sus creencias, sus inspiraciones religiosas, su espíritu nacional, sus costumbres, sus héroes legendarios ó reales, sus preocupaciones, sus dolores y sus triunfos. En ese rico joyel del idioma castellano, que se llama el *Quijote*, como diamantes incrustados lanzan fulgores los fragmentos de romances sabiamente escogidos que el inmortal Cervantes sabe tan á propósito presentar.

El romance, proscrito muchas veces, como obra del

mal gusto y propia sólo de la gente vulgar, levantado otras á grande altura, en las alas del genio por Quevedo, Lope de Vega, Góngora, y otros, ha llegado hasta el duque de Rivas, siendo siempre la poesía por excelencia para los pueblos que hablan la lengua castellana.

Prieto ha escrito muchos romances; quizá es el único que en México ha cultivado este género de poesía.

Sus romances históricos son buenos, tienen ese sabor arcaico que podemos llamar clásico, y al leer esos romances se recuerda involuntariamente aquellos famosos

Mediodía era por filo,
Las doce daba el reló,
Comiendo está con los grandes
El rey Alfonso en Leon.

ó el de Juan de la Encina

Gritando va el caballero
Publicando su gran mal,
Vestidas ropas de luto
Aforradas en sayal.

Con esos romances históricos Prieto presta un servicio á su patria, forma tradiciones de gloria para un pueblo que las tiene siempre en olvido, cuando no por desgracia en desprecio.

Sus romances de costumbres, jocosos ó satíricos, degeneran algunas veces por demasiado llanos, unos, por lo malamente conceptuosos otros, y muchos por la elec-

ción de asuntos que no son dignos de la pluma que de ellos trata. Realmente tienen esos romances el defecto de confundir el « pueblo » con el populacho, la clase pobre con la canalla.

Guillermo ha escrito para el teatro dos piezas; una comedia que se llamaba el « Alférez: » dice que fué muy aplaudida; hay que creérselo porque confiesa que la otra arrancó una silba espantosa: se intitulaba « Los tres boticarios. »

Ya tres boticarios juntos es mucho para una comedia; por otra parte, parece que además de su botica cada uno de ellos tenía en la pieza un argumento separado, que el público no comprendió, ó mejor dicho, comprendió muy bien que aquella no era comedia, y

Desde la primera escena
(Y por cierto que es muy buena)
Sentí levantado el látigo
Contra mi drama, ¿ que tal ?

Segun noticias, Guillermo vió desvanecerse allí sus ilusiones de autor dramático.

Los tres boticarios entraban y salían á la escena, y

¡ Animas del purgatorio
Cuál bufaba el auditorio !

Y Prieto ménos constante, ménos enérgico que Chavero y Juan Mateos, huyó de las glorias dramáticas, po-

niendo, como los antiguos caballeros, su vista en Dios, y su corazon en su «musa callejera.»

De las tres unidades clásicas, sólo hubo una en «Los tres boticarios,» la de accion, y esa, era el público quien la observaba al silbar la pieza.



Biblioteca Miguel Alemán